
CENTRO DE CAPITANES DE ULTRAMAR Y OFICIALES DE LA MARINA MERCANTE

91° ANIVERSARIO



Concursos de Literatura y Fotografía 2009

EN ADHESION AL
Día del Marino Mercante
25 de noviembre

Entrega de premios e inauguración
Muestra de fotos:
4 de diciembre de 2009 a las 19 horas

Perú 779, Capital Federal
Tel: 4300-9700 al 03 / Fax: 4300-9704
<http://www.capitanes.org.ar>

Los Concursos de literatura y fotografía están organizados por la Comisión de Cultura del Centro de Capitanes de Ultramar y Oficiales de la Marina Mercante como forma de celebrar el Día del Marino Mercante Argentino.

Esta fecha, 25 de noviembre, marca la recordación del día en el que comenzaron las clases en la Escuela de Náutica fundada por el Dr. Manuel Belgrano, siendo secretario del Real Consulado, en 1799.

En estos Concursos anuales participan no sólo los socios de la institución, sino también familiares, amigos y gente del medio profesional.

En este pequeño folleto se encuentran los nombres de los ganadores y algunas de las obras premiadas.

A todos los participantes, ¡muchas gracias!

Comisión de Cultura

Poesías y Cuentos

Concursos 2009

POESÍA

1er premio

“Deja que te piense” Norma Edit Giachino de Daly

2do premio

“Humo y Mar” Elisa Gladys Giordano

3er premio

“Buscándolo a el” Antonio Eduardo Tomás Verola

Menciones

“A la par del río” Dionisio Antonio Gómez

“Rutinas azules” Doroteo Oscar Prieto

1er premio

“Deja que te piense”

Hoy volví a sentir tras el oleaje
esa quietud que mi alma anhelaba,
y rompió con mucha fuerza aquellas redes
que mi corazón sin querer sangraba.

Y pensé en ti . . .

¿Pero será temprano para acariciar el agua
con la proa de mi barca hacia el horizonte?
Mi piel ama tus aguas que circundan los recuerdos
por que sin ti viene la soledad por un camino incierto.

Y pensé en ti . . .

Los hombres tienen la cara curtida y sus manos callosas
por el trajín, ese trajín que aman,
tocando las márgenes olvidadas,

pisoteadas por silencios que afloran sin pensarlo.
Y pensé en ti. . .

Es el río con hombres curtidos, canoas, anclas oxidadas,
redes, alegrías, desolación, nostalgias.
Es el río que entreteje la trama de la vida,
con seres anónimos que hacen patria.

Y pensé en ti. . .

Cuando el río quede solo con el frío en tus entrañas,
el sol no será el mismo, las aves callarán su canto,
y un alma con grito cerrado vagará en las noches,
porque el río es hombre, fortaleza, amor, esclavo,
y al pensar en ti, me envolvió la bruma. . .

2do premio poesía

Humo y Mar

Todas las mañanas sus pasos ya lentos
recorren el muelle, entre la chatarra
de los viejos barcos anclados allí.
La espuma cansada que pega en su herrumbre
le trae lejanas noticias del mar.
Su cuerpo encorvado parece esconderse
en vieja chaqueta de color azul.
Al cabello cano lo cubre una gorra
con letras borradas de tiempo.
La barba muy blanca y su piel curtida,
le dan a su rostro, un halo de luz.
Los labios sostienen, apenas cerrados,
su único gozo; la pipa encendida,
dibujando al aire suaves espirales
que siembran misterios con su humo azul.
El viejo en su marcha, vuelve a recordar,
corre presuroso de proa a babor.
Pero está cansado, le duelen las manos,
rendido por dura labor, se empañan sus ojos,
mira el horizonte que lejano está,
el mar que es su amigo, lo besa con sabor a sal.
Agita los brazos como en un saludo,

grita alborozado que a puerto llegó
El viejo marino se quedó dormido,
de ese sueño helado no despertará.
Reavivó su fuego la pipa encendida.
Velará por siempre a orillas del mar,
con la tibia estela de su humo azul.

3er premio poesía

“Buscándolo a él”

Golpeando todas las puertas
cerradas, de talladas maderas
gastando la vista en Libros
de vetustas hojas yermas,
buscando en la sabia que alimenta
escuchando en el sinfín de olas
reflejándome en espejos
con las manos ya frágiles
y la frente acalorada
con la boca guardiana de palabras
oyendo el sonido de los tiempos
más allá del vacío y de los astros
más allá de todos los océanos.
Yo quiero encontrarlo
o sólo descubrirlo,
donde quiera que fuese
para abrirme y brindarle
mi agradecimiento humano
por la cósmica chispa que me inunda
por la sangre de vida que me nutre
y entregarle mis gracias
por haberme hecho así:
Hombre de mar
de sueños, de esperanzas
de bondades y razones
de claros y de sombras
de música y pecados
de vientos y de mares

CUENTO BREVE

1er premio

“As de copas y Espadas” José Luis Frasinetti

2do premio (Compartido)

“El relojero” María Rosa Maccio

“El arrepentido” Enrique R. Fernández Anderson

3er premio

“Tatoo” Zahira Juana Ketzelman

Menciones

“Como dos gotas de agua” Silvia Benayas

“El portugués” Liliana Cucchi de Marino

1er Premio

As de copas Y espadas

Perfilados contra la noche ciega, el aullido de las casuarinas y el perfume negro de las sombras. Inmersa en una soledad sin reparos, la mujer hojea sin pausa un libro amarillento, herencia de una genealogía que se pierde en la espesura de los años en ese pueblo serrano del sur de Bueno Aires, imprecisa pero cierta como una voz que pareciera escucharse en el viento, en la lluvia, en el sonido de las aspas del molino.

La sombra del farol recorta figuras y nombres y recuerdos. El tiempo fluye como el arroyo que baja desde las sierras y que pasa por detrás del potrero que da al sur. La mujer siente que ya no es ella, que algo de su esencia se ha desgarrado. Que el pasado la tiene atrapada lejos del presente, en un laberinto de Ariadna en el que ella es apenas un boceto que mira al sur, hacia las sierras bayas donde una niña descalza canta canciones para nadie.

Si estuviera el Jacinto – piensa, mientras desanda una y otra línea de la novela rosa que intenta leer cada tarde, cuando la sombra conjuga el disturbio de las urracas en los fresnos que dan al guardaganados. Si estuviera el Jacinto... Si estuviera el Jacinto su inquietud sería apenas una anécdota y su silencio, una textura de palabras hilvanadas con la pausa de no saberse sola frente a todo.

Cada atardecer, la lectura la sumerge en un mundo impropio, que tal vez lo fuera tiempo atrás cuando el rancho era otro, cuando ella era capaz de llegar al pueblo para sacarlo al Jacinto del boliche y traerlo sola en el sulky, espantando teros y lechuzas y chimangos.

Ahora la historia consiste en sobrevivir a una soledad amarga (a veces dulce), hacer de padre y de madre del único hijo que pudieron darse, ese que ahora, a pesar de la tormenta o por la tormenta misma, anda de parranda por el pueblo, “De tal palo tal astilla”, se dice mientras una sonrisa extraña se le dibuja en los labios y saborea el mate amargo, sacándole brillo a la calabaza con sus manos ávidas de calor.

Si estuviera el Jacinto, el rumor de la cuchara sobre el plato enlosado sería otro. Otra hubiera sido la textura del silencio, el sabor de las tortas fritas (que ya no amasa con la paciencia de antes). Otro hubiera sido también el aroma de los leños de acacia chisporroteando en la cocina, llenado al rancho de un olor demasiado triste, demasiado amargo para sus años.

Afuera la tormenta arrecia contra todo: Chapa. Árboles. Rancho. Víboras luminosas presagian que el mal tiempo durará toda la noche. La figura de San Jorge desnuda su sombra contra la pared blanqueada con cal.

La mujer se persigna, al mismo tiempo que siente el galope desbocado de la baya. El viento y la baya son una sola cosa. El viento y la baya... la noche y la tormenta... Lo supo desde hace diez años, cuando el Jacinto había sido una voz y luego una sombra apagada para siempre... o por cierto tiempo.... o para nunca.

Tomó los naipes y los barajó invocando un nombre, una identidad entrañable que la habitaba tal vez desde siempre, como le gustaba imaginar. El gusto a sal en la boca. El frío entrando a sopapos por el ventanuco viejo. En tanto, los relámpagos colaban también su luz por el minúsculo rectángulo, miró la sombra de San Jorge: la figura y el fondo de una sensación extraña que partía y terminaba en ella misma.

Ni la cruz de sal detendría la tormenta. Lo sabía. Ni clavando el hacha ni nombrando a los poderes ocultos. Se lo había dicho al Justiniano. *Justo hoy tenes que dir*. Pero el Justiniano desde hacia años que hacía lo que se le venía en ganas y lo único que le importaba eran las morenas pulposas del pueblo, el truco, la taba y la bailanta en el salón del club Social.

Mezcló las cartas una y otra vez como no animándose a desentrañar lo que ya sabía. El cuzco ladró con insistencia, desandando con gruñidos de punta a punta el corredor. *Hijo e gran puta callate quere*. Pero el aullido de las casuarinas y los ladridos atemperaban los acordes de la noche en un coro siniestro que no devolvían, ni siquiera por equivocación, un instante cierto de tranquilidad.

Cortó el mazo hacia la izquierda en tres bultos desiguales. Tomó el primero que se le vino en ganas y dispuso la primera fila de naipes sobre la mesa. Le temblaron las manos. Luego sintió el filo de las espadas y el

garrotazo de los bastos en esa realidad que le impedía actuar por sus propios medios. El uno de copas, rodeado de espadas, le hablaban de un nido de traición. Después de todo, en eso consistía el boliche “Los Tobianos”: un nido de serpientes amaestradas por gauchos insaciables. La segunda fila no fue menos cruel pero las sombras invocadas desde las barajas eran más tenebrosas que las del rancho.

Ahijuna hija de una grande siete.... Lo sabía. Sabía que los ibas a lograr. Trabajo con sapos de una morocha, magia negra. Atadura.

Eso... *Atadura...* le había dicho la Nicasia. Pero en principio no lo había creído. *Cosa de vieja chusma nomá .*

Desgualichalo m'hija. E muy fácil –se había atrevido en insistir la curadera en su rancho solitario, a orillas del camino vecinal.

Por esos días la sequía se había cobrado varios animales de la hacienda... Por eso era motivo de festejo que lloviera a cántaros. Por eso nada detendría a Justiniano, el mentor de las innumerables peregrinaciones con la Virgen del pago. Pero su madre sabía más que nadie que el festejo por la lluvia consistía en una visita a “Los Tobianos” entre alcohol, las mujeres caderonas y la siempre espantosa vecindad con la muerte.

El viento siguió conjurando su aullido a lo largo de la noche. Las eses siniestras trasmutaban en vocales abiertas que hacían vibrar el rancho de palo a pique. Apoyó la cabeza sobre la mesa intentando cerrar los ojos.

El tropel del tobiano le devolvió la serenidad. Le conocía el relincho, el galope. El cansancio y el desconcierto de la noche en vela la desplomaron sobre la cama fría.

Amanecía...

De pronto sintió que unas voces murmuraban y luego golpeaban los postigos del ventanuco. Ordenó, como pudo, sus cabellos, se calzó las alpargatas y salió al encuentro de los hombres. Los rostros desencajados pronunciaban una verdad irreparable.

Y desde entonces, cada noche tormentosa, son dos los tobianos que vuelven a la querencia.

2do Premio

El relojero

Acostumbraba adquirir relojes antiguos para su refacción y reventa. No tenía por qué ser diferente en esta ocasión. Lo vio en una feria de artículos

de segunda mano. Su tallado fino y la antigüedad evidente lo atraparon de inmediato. Necesitaba lija y una buena mano de barniz. Los números estaban borrados pero ello se solucionaba con pintura. Las manecillas y el péndulo eran lo que mejor se habían conservado. El cristal de la puerta de caja no parecía tener fisuras, pues con una buena limpieza quedaría como nuevo. No lo dudó. Una vez reconstruido sería una verdadera reliquia con un muy buen precio de reventa.

Llegó a su taller y se dispuso al arreglo de la máquina, luego continuaría con el aspecto exterior. Por ser de caja grande la tarea sería más sencilla. Al empezar el desarme, encontró un piso demasiado alto para la profundidad del reloj. Parecía ser una doble base. Se apresuró a destornillararlo. Tuvo que usar la fuerza, pues el óxido del tiempo lo había asimilado a la madera. Cuando pudo destaparlo, su asombro fue mayor. En su interior se encontraba un manojito de abundantes cartas amarillas unidas por una cinta azul. La curiosidad lo invadió y comenzó la lectura inevitable. Conoció entonces a la Sra. Irene Trujillo Sáenz de Celman, a quien era su marido Don Armando Avelino Celman y al joven enamorado, autor de cada misiva encintada. Don Raúl Fortesino. En cada palabra escrita se transcribían las virtudes de aquella mujer inimaginable, perfecta, única. El castigo divino por no poder traerla a sus brazos y el dolor de una soledad que lo condenaba por la eternidad. Raúl expresaba cada punto fino y vulnerable de aquella mujer de rasgos imprecisos y dominantes, pero que había logrado, aún desde el misterio de su figura, penetrar los sentidos del relojero. Cada carta era una invitación a la trasgresión que socavaba la piel del lector, un grito desesperado en un desesperado amor. El perfume impregnaba las fibras del papel convirtiendo a aquella extraña mujer en una nueva obsesión en la mente de un nuevo hombre. El relojero no podía esquivar la mirada de las letras escritas, algunas borroneadas por el tiempo, pero que se podían descifrar con paciencia y dedicación. Mientras tanto, el taller había cerrado sus puertas, pues, desde la mañana hasta entrada la noche, Irene se había convertido en su única ocupación. Apenas comía, algunas pizzas o empanadas que amontonaba a los costados del ambiente. Pues aquella mujer había despertado en él, a través de Raúl, algo inquietante, desesperante, inevitable. Finalmente llegó a la última letra declarada en la última carta encintada. Suspiró profundo y se permitió un descanso. Observó la hora de la carta escrita por Raúl en el papel, coincidían con las manecillas detenidas en el reloj adquirido. Entonces las preguntas lo abrumaron ¿Es que acaso el tiempo se había detenido para ellos? ¿Por que Raúl no había vuelto a escribirle a Irene? ¿Acaso don Armando habría descubierto la situación?

¿Qué habría sido de aquella mujer? Tomó su abrigo, anotó los nombres y datos necesarios y partió en busca de respuestas de una historia que se había involucrado con su vida y que ahora, ya no podía detener.

2do Premio

EL ARREPENTIDO

“Lleve cada uno su culpa y no habrá culpables”

(“Voces” – Antonio Porchia)

Esa noche de invierno, cerca de las diez, lloviznaba tenuamente sobre las bóvedas y los mausoleos de la Recoleta. El nuevo guardia, hombre joven del turno noche, al presentarse en la oficina firmó el libro de entradas para comenzar su primera jornada de trabajo. Juan, del turno de la tarde, próximo a jubilarse, antes de retirarse le comentó: *Díaz, usted ya ha recibido todas las instrucciones. No hay ningún misterio en este trabajo. Es tranquilo, sólo interrumpido por las rondas que debe hacer. Años atrás teníamos problemas con los ladrones de placas de bronce, pero eso es ya cosa del pasado. La Policía Federal patrulla con sus autos en forma constante las calles de los paredones. Además son muy altos y no es fácil treparlos. Que lo pase bien. Nos vemos mañana a la noche.*

Díaz, algo incómodo por el ambiente que lo rodeaba, comenzó su recorrida por las calles y pasajes del cementerio cada dos horas. Al presentarse para el puesto ya había asumido que era un trabajo tranquilo, aunque para algunos podía ser tenebroso.

Después de un mes sin sobresaltos, entendió que nada podía ocurrir, pero una noche interrumpió la vigilancia para refugiarse con gran nerviosismo en la oficina de guardia. En el cambio de turno le comentó al sereno de la mañana lo que creía haber visto. Este le dijo: *Vamos Díaz, parece que todavía no se acostumbró al ambiente. A ver, déme mas detalles de lo que vio.*

Díaz fue muy puntual en su explicación. Aclaró que, estando cerca del mausoleo del general Lavalle, vio una figura vestida de granadero que salía del mismo y caminaba hacia el centro del cementerio. Pese a su terror lo siguió de lejos y pudo ver que se detenía frente a la bóveda del coronel Dorrego. El militar desenvainó su espada y en posición de firme hizo un saludo. Agregó que aterrorizado no quiso ver más y que por una calle lateral corrió a refugiarse en la oficina de guardia.

Su compañero observó: *Mi opinión es que usted todavía no se ha adaptado al ambiente y eso provoca visiones. Hace años, hasta que me casé, cumplía la ronda nocturna y nunca vi nada raro. Reconozco que éste es un trabajo que no es para todos, pero el tiempo pasa y nos damos cuenta que se convierte simplemente en otra rutina.*

Pasó el tiempo, sin novedades, pero una noche se repitió el episodio de la salida del granadero y su saludo frente a la bóveda del coronel Dorrego. A pesar de su temor, escondido detrás de unos arbustos, al rato observó el regreso del militar al mausoleo.

No cumplió con la última ronda y, en el cambio de turno, le detalló a su colega lo que por segunda vez había visto. Dijo que estaba dispuesto a renunciar y que se lo haría saber al doctor Alberto Gómez Ortiz, director del cementerio.

Al día siguiente el doctor concurrió para interiorizarse de lo sucedido. Díaz, aun impresionado, repitió los episodios de las dos visiones que había tenido, agregando que haría entrega de su renuncia sin demora.

El doctor Gómez Ortiz, hombre de prestigio en el mundo de las letras por sus investigaciones históricas, había aceptado la dirección de la Recoleta por considerar que en sus seis hectáreas cobijaba una buena parte de la historia del país.

Haciendo uso de su buena memoria recordó que el general Lavalle había sido trasladado de la Catedral de Potosí al cementerio en el año 1858 y que el coronel Dorrego fue llevado, un año después de su trágica muerte, por orden de Juan Manuel de Rosas. Lavalle, aparentemente arrepentido por su orden de fusilamiento del coronel, había dejado entre sus documentos el siguiente juramento: *Si algún día volvemos a Buenos Aires, juro sobre mi espada, por mi honor de soldado, que hare un acto de profunda expiación; rodearé de respeto y consideración a la viuda y los huérfanos del coronel Dorrego.*

Lamentablemente Lavalle no pudo cumplir este deseo, pero el destino, siempre tan imprevisible en el manejo de los hombres, lo acercó a la tumba de su rival casi treinta años después.

El doctor Gomez Ortiz, aceptó sin reparos la renuncia del sereno Díaz, ya que no tenía dudas sobre lo acontecido, pero se hizo la promesa de pasar varias noches entre las tumbas del cementerio, para poder tener el privilegio de asistir al acto de arrepentimiento del general Lavalle...

3er Premio

Tatoo

No sé qué hacer para llamar la atención del barbudo nuevo que entró al Taller Literario. Ese que tiene en jaque hasta la profesora, porque lo cuestiona todo: desde la rima y la métrica, hasta la metáfora, veracidad y el posmodernismo. El tipo será un reventado, pero es el único joven y soltero del conjunto.

Un paseo por la calle Santa Fe y las Galerías Bond Street me decidió. Sobre todo, el localcito que especifica: “Especialidad en retratos”.

Voy a tatuarme un escritor. ¿Dónde? En el antebrazo, para que sea bien visible.

Tengo que elegir correctamente. Recorro a Internet. Me decido por Ramón del Valle Inclán, que también era contestatario, y medio de izquierda.

Le llevo copia del retrato al del tatuaje y, por las dudas, los de otros escritores, además de mis últimos ahorros. El tatuador (dibujado a todo color hasta las orejas) me mira, observa largo rato el retrato de Valle Inclán, y me da el precio más caro de la lista.

-Es por la barba del fulano ese. Me lleva mucho trabajo, un montón de tintura, y hay que tatuar todo el antebrazo.-

Mis ahorros no llegan ni a la mitad. Lo mismo sucede con Cervantes y Cortázar, que aunque menos barbados, salen casi igual de caros.

Adopto una resolución poco menos que suicida, pero la única posible.

La próxima semana tenemos Taller Literario. Iré con mi blusa roja de manga corta. Llamar la atención, sí que la voy a llamar.

Pero me va a costar una terrible discusión con el barbudo nuevo tratar de explicar las razones por las que mi antebrazo izquierdo luce un magnífico retrato de Jorge Luis Borges, sonriente, lampiño y a pleno color.

FOTOGRAFÍA

1er premio

“Luz de Mar” Juan Carlos Manito

2do premio

“Volviendo al Boat Club” Eduardo Moritan

3er premio

“Atitlan” Juan Matías Cavalleiri

Menciones

“Verde Profundo” Luis A. Staudenmann

“Reflejos de la Boca” Livio Piretti

MENCION ESPECIAL DEL PUBLICO

Se entrega por votación del Público en el acto de entrega de los premios.

Participe!

SE EXPONEN FOTOS DE:

María Dolores Sayago
Eduardo Gilardoni
María Teresa Gomeza
Luis Alberto Sosa
Elena Isabel Oreggioni
Susana A. Citro de Guardé
Maximiliano Alonso
Ángela Galíndez
Pablo Andrés Deymonnaz
Agustín E. de Benzis
Juan Matías Cavallieri
Néstor Gabriel Bonci
Gustavo A. Deymonnaz
Yanina Gona
Gloria Susana Zambruno
Valeria Batsilas
Luis A. Staudenmann
María Centeno
María Lorenzo Suárez
Carlos A. Mottino
Eduardo Moritan
Isabel Virginia Mitolo
Aurora Rodríguez Roson
Juan Carlos Manitto
María Inés Mantilla
Alejandro Scalise
Anebella Scalise
Daniela Scalise
Livio Piretti

Autoridades del Centro de Capitanes de Ultramar y Oficiales de la Marina Mercante

<i>Capitán de Ultramar</i>	Marcos R. Castro	<i>Presidente</i>
<i>Capitán de Ultramar</i>	Gustavo Vilgré La Madrid	<i>Vicepresidente</i>
<i>Capitán de Ultramar</i>	Jorge P. Tiravassi	<i>Secretario de Asuntos Laborales</i>
<i>Capitán de Ultramar</i>	Paul Medina Rodríguez	<i>Secretario de Asuntos Técnicos y Capacitación</i>
<i>Capitán de Ultramar</i>	Pablo Nicolás Macherett	<i>Secretario de Asuntos Sociales</i>

COMISIÓN DE CULTURA

<i>Capitán de Ultramar</i>	Rogelio Senez
<i>Capitán de Ultramar</i>	José Luis Dellisanti
<i>Capitán de Ultramar</i>	Juan Carlos López Canella
<i>Capitán de Ultramar</i>	Jorge Moreira

JURADOS

Cuento

Adriana Senez de Canzani	Silvia Heger
Patricia Filippeschi	

Poesía

María Concepción Gómez	Beatriz Cirigliano
Lic. Sergio Renzi	

Fotografía

Cap. Rogelio Senez	Cap. José Luis Dellisanti
Cap. Juan Carlos López Canella	Cap. Paul Medina Rodríguez

Concursos de Literatura y Fotografía 2009



91° ANIVERSARIO
